



Revista de Geografía Agrícola
ISSN: 0186-4394
rev_geoagricola@hotmail.com
Universidad Autónoma Chapingo
México

Hernández Xolocotzi, Efraím
La investigación de huarache
Revista de Geografía Agrícola, núm. 39, julio-diciembre, 2007, pp. 113-116
Universidad Autónoma Chapingo
Texcoco, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=75703909>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La investigación de huarache

Efraím Hernández Xolocotzi

Nuestro interés como educadores y como investigadores ha tenido como foco central el hecho de que por décadas, por siglos, nuestra educación agrícola fue libresca, enciclopédica, no obstante que teníamos a nuestro alrededor un laboratorio vivo que nos podía enseñar muchas cosas sobre la realidad. Las razones por las cuales no se había aprovechado este laboratorio se relacionan sin duda con la actitud de los europeos, concretamente de los españoles, que llevó a menospreciar todo lo indígena: la cultura, los valores, los cultivos, las formas de hacer las cosas. Esa línea de prejuicio llevó seguramente a poner el acento de la investigación en la revolución verde, concentrada en los distritos de riego y basada en la abundante disponibilidad de insumos. Al examinar más profundamente nuestra realidad, se ha hecho claro, aunque sea tardíamente —nos llevó más de 20 años reconocerlo—, que ese tipo de agricultura poco tiene que ver con las condiciones en que se ejerce la actividad en la mayor parte del país. Sólo recientemente hemos vuelto la atención a las grandes masas de cultivo, a las superficies en que se ubica la mayor parte de nuestros esfuerzos productivos, dejadas prácticamente a la deriva por muchos siglos. Se ha despertado así el interés por estudiar lo que hemos llamado la tecnología agrícola tradicional (TAT), para empezar a aprender lo que es y lo que puede ser nuestra agricultura.



En torno a esta idea, generamos también la de iniciar la investigación de huarache. La reacción espontánea ante una investigación a nivel de huarache interpreta de inmediato que es un tipo de investigación que no ha de valer gran cosa. Es natural que ello ocurra, porque quienes usan huarache en nuestro país tienden a ser menospreciados; no forman parte de la cultura moderna, progresista, que sólo usa zapatos. Tenemos una concepción diferente sobre el particular. Llamamos investigación de huarache a aquella que empieza por las bases, que va al terreno de los hechos, que va con la gente que está realizando las acciones; aquella que, con toda la hu-

mildad del caso, aprende o trata de aprender de esa gente; aquella que está consciente de que muchas veces nuestra aculturación nos frena, nos inhibe e impide que aprendamos muchas cosas que están en realidad a nuestro alcance.

Al estudiar con esta actitud diversas zonas del país, hemos encontrado una enorme riqueza en la tecnología agrícola tradicional. Entendemos por tradicional la tecnología que se ha originado en el conocimiento empírico de nuestra gente, acumulado durante doce mil años, desde que la agricultura surgió en nuestro país. Entendemos por tecnología moderna la que resulta de la ciencia y la tecnología practicadas al estilo occidental, o más bien, al estilo norteamericano.

La primera conclusión a que hemos llegado se refiere a la notable adaptación del agricultor a su medio, a sus condiciones de vida y de operación. Podemos derivar de esa experiencia grandes enseñanzas, como el hecho de que tenemos cultivos con una riqueza de la que carecen los países desarrollados. Estos, inclusi-

ve, han establecido bancos para obtener plasma germinal con base en nuestros materiales; en muchos casos han acumulado ya mayor cantidad de la que hemos guardado nosotros.

También hemos podido apreciar que lo que comúnmente se llama economía no abarca las facetas de los procesos de producción que se dan en el ámbito del campesino. En estudios recientes, realizados en Zacapoaxtla, constatamos que no hay parte de la producción vegetativa que se levanta en los terrenos que no tenga utilización en una forma u otra. Si abordamos desde el punto de vista de la economía tradicional este fenómeno, encontramos que toda una serie de elementos ha sido totalmente ignorada.

En una hectárea de cultivo de maíz y frijol lo que tiene valor, según la economía convencional, es la cantidad de kilos de maíz y frijol que se han producido; el resto sale sobrando. Tenemos suficiente experiencia para saber que esto no es válido en la realidad campesina. En el caso de Zacapoaxtla, los residuos agrícolas tienen un aprovechamiento. De hecho, en los cultivos que conocemos como tales hay en realidad dos fases adicionales de producción vegetativa: una fase de “malas yerbas” durante la cual los campesinos dejan que se desarrolle toda una serie de especies de plantas útiles para comer, y otra fase, en la etapa de remoción del suelo, en que se produce una cosecha de gran importancia como forraje, que el campesino aprovecha para sus animales. A la primera fase la llamamos de “malas yerbas”, a la usanza de los norteamericanos, que plantean la necesidad de que el cultivo esté completamente limpio, pues de otra manera no se ve bien. Luego comemos esas yerbas en la Fonda Santa Anita, pagando caro por ellas y sin entender, acaso, el valor alimenticio que tienen.

El siguiente problema que hemos podido apreciar se refiere al hecho de que los agrónomos tendemos a pensar que lo abarcamos todo. Para entender los problemas que tenemos enfrente, sin embargo, se necesita la aportación de otras muchas disciplinas, que tienen los instrumentos y el entrenamiento apropiados para analizar las cosas con mayor precisión. Me refiero a la antropología, a la historia, a la sociología, y quizá, en último término, a la economía, porque primero necesitamos entregar a los economistas todo el conocimiento infraestructural sobre la dinámica de la producción. El análisis económico habitual puede referirse al cultivo sin abordar realmente la siembra de maíz, que aparece simplemente como una figura abstracta de producción, sin conexión con la realidad. Tal abstracción resulta a mi juicio muy sesgada, porque el proceso mismo de producción se da en la gente: al abstraerla del análisis se incurre en graves errores. La aportación interdisciplinaria se ha vuelto indispensable en nuestras investigaciones. Apenas ahora empezamos a analizar con detenimiento una deficiencia básica de nuestros estudios. El problema radica en que hemos heredado de otros países, como Estados Unidos, una preparación educativa profesional sumamente especializada, sin darnos cuenta que en ellos existen estructuras que permiten organizar el trabajo interdisciplinario. Nosotros formamos arquitectos, agrónomos, etc., cada quien en su cubículo, y ahora nos damos cuenta que carecemos de aquellas estructuras indispensables para desatar los procesos de conjugación interdisciplinaria. No se trata simplemente de meter especialistas en un corral, a ver qué resulta. Acaso se produzca bastante energía biológica, pero lo que necesitamos es otra cosa: un mecanismo de gestación de ideas, para el cual se requiere un entrenamiento que permita transmitir a otros la esencia de las aportaciones de una disciplina. En la actualidad, pienso que en México no se ha producido aún un trabajo au-



ténticamente interdisciplinario a este nivel, un trabajo que aproveche cabalmente las aportaciones de las diferentes disciplinas en la presentación del análisis de una zona determinada.

Otro problema que es preciso enfrentar fue ya mencionado sucintamente por el Dr. Warman: ¿cuáles son los marcos de referencia de los estudios? En estas actividades hay la tendencia a concentrarse en la mera descripción, cuya ventaja consiste en que no supone compromiso intelectual alguno sobre el fenómeno que se estudia. A partir de trabajos específicos, tenemos que empezar a analizar los marcos de referencia para el estudio y la proyección. Con frecuencia se confunden dos aspectos del problema: el que se refiere a la solución inmediata (para la realización de un programa operativo específico, por ejemplo) y el que acumula información para estudiar soluciones sobre una base científica.

En relación con buena parte de nuestros problemas, hemos insistido desde hace tiempo –aunque sin mucho éxito– en la necesidad de proseguir una serie de investigaciones simples, básicas, que requieren mucho tiempo. En algunos casos, es posible que se necesite un plazo de 20 años para comenzar a entender el impacto de ciertas formas de utilización de los recursos. Cuando se hace referencia a plazos semejantes los investigadores se desalientan. Debemos pensar, sin embargo, que en la investigación institucional esos plazos no plantean un obstáculo insalvable. No se trata de sugerir que un individuo se sacrifique 20 años en una tarea rutinaria específica; se trata de contar con estructuras institucionales de investigación que puedan dar continuidad a los trabajos. No cabe alegar que existe el riesgo de que las instituciones mismas desaparezcan. Desde la fundación del Instituto de Investigaciones Forestales se plantearon dudas sobre su inminente desaparición; tiene ya más de 30 años de existencia y se sigue aduciendo ese argumento, cuando se formulan planes de investigación, con lo que resulta ser un pretexto burocrático más para eludir decisiones necesarias.



Para el aprovechamiento de nuestros recursos, por ejemplo en las zonas cálido-húmedas, es un hecho que disponemos de ciertos conocimientos útiles, pero también es un hecho que desconocemos algunos fenómenos básicos que pueden determinar, a la larga, si el camino que hemos adoptado es correcto o debemos corregirlo. Existen ya evidencias de que algunas prácticas apegadas a la llamada cultura occidental producen una degradación más rápida de los recursos que las prácticas tradicionales. Estados Unidos generó su llamado “tazón de polvo” en seis años; podemos aspirar a romper esa marca y construir el nuestro en tres años, si existe algún in-

terés en destruir de esa manera nuestros recursos para demostrar que las técnicas, la maquinaria y los elementos actualmente disponibles sirven eficazmente para ello.

En consecuencia, necesitamos canalizar con vigor nuestra herencia cultural –que hemos dejado de lado sin mayor análisis– hacia la investigación, para tratar de librarnos de las cadenas que nos han impedido hacerlo. Tenemos que entender que hay todavía muchas cosas por investigar sobre nuestra realidad y que no lo harán por nosotros los países desarrollados, a menos que el problema llegara a interesarles. Pero el problema en realidad, no les interesa; les interesan otras cosas, sobre todo algunas cuestiones económicas que no se relacionan con la investigación de suelos, con las formas de reacción del suelo ante distintas prácticas, por citar sólo un ejemplo. Al mismo tiempo, es preciso dar agilidad a nuestras formas de investigación, adaptán-

dolas a nuestras condiciones concretas, y disponer de un mecanismo vigoroso de evaluación y de estudio continuo, que nos guíe en la marcha y evite que en el camino se pierdan los avances.

A partir del estudio simple de los procesos de producción, tal como los realizan los campesinos, es posible generar un robusto cuerpo de conocimientos que será de gran ayuda en los llamados programas de desarrollo. Es evidente que en una buena parte de ellos se persiguen en realidad objetivos bastante limitados; posiblemente por ello pueden prosperar. Sin embargo, no pueden lograr la continuidad que se requiere porque portan ya los gérmenes de su autoeliminación, que acaso responden al fantasma que planteó el Dr. Warman en cuanto a la necesidad de que los campesinos desaparezcan.

De otra parte, no podemos hablar con el campesino si no conocemos los elementos con los que está trabajando. Dicho de otra manera: de acuerdo con mi experiencia, estoy seguro que podría entablar una sabrosa plática con cualquier campesino de México en torno al maíz. El maíz es muy interesante: de una increíble diversificación y de enorme importancia para los grupos autóctonos. Aunque no hablemos su idioma, podemos entendernos con ellos. Con esto se quiere decir que si no aprendemos los elementos fundamentales de interés para el campesino, no tendremos bases para entendernos con él, para intercomunicarnos. A mi juicio, buena parte de nuestros esfuerzos de investigación se han estrellado en un problema de falta de intercomunicación. Un agrónomo habla de técnicas de revolución verde y otro de la faja maicera, mientras el campesino habla de su maicito. No se logra una apreciación mutua de las ideas. Se le indica al campesino que siembre tal o cual cosa o que adopte alguna práctica específica y el campesino lo olvida, porque no ha pasado a formar parte de su sistema de captación. Necesitamos realizar estudios que sienten bases para la intercomunicación, pues de otro modo el campesino y el extensionista caminarán cada quien por su lado, moviéndose en un mismo punto de incompreensión. Es preciso dar continuidad a esos valores culturales que hemos despreciado, que desconocemos y que necesitamos reincorporar a nuestra reflexión.